GALERÍA BUFA SEVILLANA.—N.º 6.

EUDA SAGRADA,

Continuacion de

EL CAFÈ DE ROSALÍA,

PASO CÓMICO-LÍRICO

EN UN CUADRO,

resentado en el Teatro de Variedades.)

POESÍA:
elazquez y Sanchez.

MÚSICA:
D. Manuel Rodriguez.

GALERÍA BUFA SEVILLANA.—N.º 6.

EUDA SAGRADA,

Continuacion de

EL CAFÈ DE ROSALÍA,

PASO CÓMICO-LÍRICO

EN UN CUADRO,

(Presentado en el Teatro de Variedades.)

JUNTA DELEGADA DEL TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la Biblioteca Nacional

Procedencia

Z. LORRAS

N.º de la procedencia

POESÍA:
Velazquez y Sanchez.

MÚSICA:
D. Manuel Rodriguez.

721528

Personas.	*Actores.*
Rosalía.	SRTA. SANCHEZ CAS
Brígida.	SANCHEZ C.ª (
Juan Rubio. . . .	SRES. GOENAGA.
El sargento Sanchez.	JIMENEZ.
D. Leopoldo. . . .	MONJARDIN.
Juan el idiota. . .	BALLESTER.
Robledo.	ALVAREZ.

Labradores=Cuerpo de coros.

ADVERTENCIA.

La predileccion del público por *El últim* y su continuacion *El café de Rosalía*, há cido á los autores á completar con el cuad cero, *Deuda sagrada*, una zarzuela en tres que puede titularse *Rosalía*.

NOTA.

Las obras de esta Galería pertenecen en la ad tracion de letra y música á EL TEATRO, emp los Sres. Gullon é Hidalgo: Madrid. Pez, 40, se —Tiene corresponsales en toda España y Ultram

—SEVILLA: 1867.—
Imprenta de Antonio Mata.—Calle Confitería

DEUDA SAGRADA.

CUADRO ÚNICO.

ion pasa en Penagos (Asturias), y en casa de Rubio. Es de noche. Puerta al fondo, y sobre ella eló. A la derecha puerta al interior: mesa con e verde y recado de escribir: sillon basto. izquierda (primer término) chimenea: nicho con gen que no se vé, y lamparilla. Aparece Brijida ndiendo el belon. Rosalía, ante la chimenea, á su hijo. Se oye á lo lejos el coro de labradores nalizar el preludio.

ESCENA I.

Rosalía, Brijida, coro exterior.

(Música.)

—«Ocultan las montañas
«la luz del sol,
«y vuelve á sus hogares
«el labrador.
«Y olvida su cansancio
«al escuchar

«las sonoras campanas
«del templo parroquial.
«Don-don. Don-don.
«Hermanos, la oracion.
«Don-don. Don-don.
«Dijo á la Vírgen María
«el ángel del Señor.

ROSALÍA.—«De tu sueño-centinela,
«una madre-por tí vela.
«Duerme, niño mio,
«duerme sin temor;
«que ángel de la guarda
«te escuda mi amor.

CORO, *(mas cerca.)*

«Yá llega á su morada
«el labrador,
«y dilatarse siente
«su corazon.
«Rezando están sus deudos
«al escuchar
«las sonoras campanas
«del templo parroquial.
«Don-don. Don-don.
«Cristianos, la oracion.
«Don-don. Don-don.
«Saludad á la Vírgen María,
«la madre de Dios.

ROSALÍA.—«Dulce ensueño-tu alma eng
«quizá un ángel-te sonríe.

«Duerme, encanto mio,
«prenda de mi amor,
«lozano capullo
«que esmalta á la flor.

CORO. *(alejándose.)*

«Penetra en su morada
«con el jornal
«que es de su numerosa
«familia el pan.
«Parca cena le aguarda;
«mas tiene allí
«padres, muger, sus hijos,
«y júzgase feliz.
«Don-don. Don-don.
«Echad la bendicion.
«Don-don. Don-don.
«Que el labriego en sus cuitas y goces
«bendice al Señor.

—

A.—Buenas noches nos dé Dios,
señora.
ÍA.— Felices, Bríjida.
A.—¿Cayó el rapaz?
ÍA.— Como un tronco,
y á la segunda mecida.
A.—A ver.
ÍA.— No me lo despiertes.
A.—Es la criatura mas linda
de Penagos y su término.

¡Hermoso! ¡Dios te bendiga!

ROSALÍA.—Será preciso acostarlo;
porque esta llama tan viva,
aunque lo resguardo della,
me parece que le irrita.

BRÍJIDA.—Vaya! Usted y el señor Juan
están siempre en la agonía,
como si el robusto niño
fuese criatura raquítica.
Que entra viento: que tosió:
que no repara: que mira....
Bueno es querer á sus hijos:
mas no con esas manías.

ROSALIA.—¡Y qué quieres! Por tres años
en balde aguardé la dicha
de sellar con dulce prenda
las conyugales caricias.
Era el título de madre
la esperanza de mi vida,
del cariño de mi esposo
la mas firme garantía.
Rubio esperaba impaciente
lo que anhelaba yo misma;
disimulando su afan
con atenciones solícitas;
ocultándome los votos
de su alma ardiente, espansiva;
mas los ojos de quien ama
lo que no ven lo adivinan.

DA .—Dice un cantar que el amor
tiene del lince la vista.
LIA.—Yo consulté mi deseo
con hombres de grande estima
en la ciencia. Yo hice viages
á las comarcas contiguas;
buscando las circunstancias
que á mi objeto conducian.
Yo recurrí del Señor
á la piedad infinita,
y ofrendas, preces y lágrimas,
fueron por él recibidas.
DA .—Dicen que pobre porfiado....
LIA.—Figúrate mi alegria,
y el alborozo de Juan
al recibir la noticia.
Desde entonces nuestro amor
es una pasion tranquila,
que desconoce reservas,
y en el propio fin se cifra.
DA .—El matrimonio sin hijos
es morada sin familia,
una torre sin campanas.
La estéril era maldita
en el pueblo del Señor,
y yo lo he visto en la Biblia.
IA.—Tan grande felicidad
aun nos parece mentira.
Este ángel que con su aliento

nuestros seres santifica,
que llena de fé y valor
á nuestras almas unidas,
y en quien nuestras esperanzas
el porvenir dulce pintan,
se nos figura una sombra,
parto de la fantasía,
que pudiera á nuestro tacto
perder su forma indecisa.

BRÍJIDA.—Venga el rapaz....

ROSALIA.—*(Entregándoselo.)* Que le abrigue

BRÍJIDA.—Y no piense tonterías.

(Entra á la derecha.)

ESCENA II.

Rosalía, despues Juan el idiota.

ROSALIA.—Señor, la expresion te ofrezco
(Levantándose)
de amante sinceridad;
pues me otorga tu piedad
mas de lo que yo merezco.
Tempestuosa juventud
mi vida presente abona,
y tu bondad me perdona,
y acepta mi gratitud.
¡Ah Señor! Si no es así,
y mi castigo es forzoso,

salva á mi hijo y á mi esposo,
y caiga la pena en mí.
Dame á beber gota á gota
aquel cáliz de dolor
que extremecia al Redentor.
¡Ah!... ¿Quién es?... El pobre idiota.
a Juan con lentitud; se acerca al fuego; rima un banquillo, y se sienta, resguardo el rostro del reflejo de la llama.)
¡Infeliz! Su situacion
me causa profunda pena,
y su presencia me llena
de inquietud y compasion.
Brijida dá en recelar
de este hombre, con tal porfía!...
Al trabajo, Rosalía.
Rubio no puede tardar.
a el cestillo de la labor, y se sienta á trajar frente á la lumbre.)

ESCENA III.

Dichos y Brígida.

DA.—Ola! Ya pareció aquello.
Sépase quien es Calleja.
LIA.—Brijida....
DA.— Repantigado
el tonto en la chimenea!

¡El simple!... Lo que es á mí
el bobo no me la pega.

ROSALIA.—¡Válgate Dios! para todos
eres servicial y buena,
y con este desgraciado
usas de crueldad extrema.

BRÍJIDA.—¡Desgraciado!... Él come, bebe,
entra, sale, se pasea;
se instala donde le place;
se marcha cuando le peta;
oye, vé, y entiende y calla;
nadie le obstruye la puerta;
y es una especie de tonto
que en serlo tiene una renta.

ROSALIA.—Bien sabes que le encontraron
en lo espeso de una selva,
atado á un árbol, y exánime,
los monteros de la aldea.
Estuvo en el hospital,
sin dar del suceso cuenta,
porque imbécil le declara,
no el vulgo, la gente médica.

BRÍJIDA.—Si es un bruto, debería
reconocerlo el albéitar.

ROSALIA.—Hace dos meses que vaga
por aquí como alma en pena;
mudo, triste, inofensivo;
inerte á bondad y befa.
Coge el pan que encuentra á mano;

bebe lo que le presentan;
toma cuanto se le brinda;
nada á impresionarle llega.
Ya ves lo que tú le dices,
y él impasible se queda.
DA.—Esa frescura es comun
á tontos y á sin vergüenzas.
LIA.—En la persona del pobre
á Cristo se reverencia.
DA.—Pues, señora, lo que es este
es la figura de Gétas.
LIA.—Repugna, anciana, en tu boca
burla tan acre y sangrienta.
DA.—¡Plegue á Dios que yo me engañe,
y usted que sentir no tenga!
LIA.—Basta.
DA.— Punto y al trabajo.
(Se sienta y hace calceta.)
LIA.—Es lo mejor. Alguien llega.

ESCENA IV.

Dichos y Robledo con vários oficios.

EDO—Santas noches nos dé Dios.
LIA.—Felices.
DA.— ¿Qué traes, Robledo?
EDO—Mi persona, madre Bríjida,
y tres cartas del correo.

(Las pone sobre la mesa.)
(A Juan.) ¡Galápago!

BRÍJIDA.— A buen seguro
que no te cede su puesto.

ROSALIA.—¿Y Juan?

ROBLEDO— El señor Alcalde
no tardará, segun creo.
Está en la cárcel, tomando
la declaracion á un preso.

ROSALIA.—¿De Penagos?

ROBLEDO— No señora.
Es un mozo forastero;
mal encarado; barbudo
como un macho: un mal sugeto.

BRÍJIDA.—¿Y qué delito le imputan?

ROBLEDO—Ninguno por lo que entiendo.

ROSALIA.—Entonces....

ROBLEDO— Se presentó
á la autoridad tio Anselmo;
reconociendo por suyo
el mulo cerrado y negro
que montaba ese indivíduo;
marcando señas y el hierro.....

ROSALIA.—¿Es quizá el que le robaron
hará como mes y medio?

ROBLEDO—El mismo, á lo que parece,
segun dice el fiel de fechos.

BRÍJIDA.—Tal vez el que está en la cárcel
creyó comprarlo á su dueño,

y prenderle....
LIA.— Cuando Rubio
de ese modo lo ha dispuesto
habrá encontrado razon.
EDO —Mala espina da su aspecto.
DA .—Pues si se prende por caras
¿á dónde irá ese mastuerzo?
(*Señalando á el idiota.*)
EDO —Es el caso que aquel prójimo
carecia de documentos;
y como abundan y crecen
los robos por estos pueblos....
LIA.—Es natural que se adopten
los oportunos remedios,
y á los que induzcan sospecha....
DA .—Como el tonto, por ejemplo.
LIA.—Bríjida!
DA .— Se me escapó.
EDO —El señor Alcalde.
LIA.—(*Levantándose.*) Bueno.

ESCENA V.

Dichos y Rubio por el fondo.

). —Alabado sea el Señor.
LIA.—Por siempre. (*Dándole la mano.*)
EDO.— El correo ha venido.
). —Bueno. ¿Y el niño?

ROSALIA.— Dormido.
RUBIO. —Pues vas á hacerme un favor.
ROSALIA.—Habla.
RUBIO. — Doña Margarita,
la hermana del señor cura,
recayó con calentura
ayer. Hazle una visita.
Robledo contigo irá.
ROSALIA.—Está bien. Voy por el manto.
Adios.
RUBIO. — Bríjida entretanto
junto al niño velará.
BRÍJIDA.—En mi puesto estaré alerta.
(Entra Rosalía por la derecha.)
RUBIO. —Conozco tu fé acendrada,
y la estimo. (*A Juan.*) Camarada,
¿hace frio?
BRÍJIDA.— Sí: á la otra puerta.
RUBIO. —Con este pobre eres rígida.
BAÍJIDA.—Es un pobre sospechoso.
ROSALIA.—Hasta luego, amado esposo.
Vamos, Robledo. Anda, Bríjida.
(Sale por el fondo, seguida de Robledo.
RUBIO. —El gobernador me envia
(Abriendo un oficio.)
bajo reserva la nota.
BRÍJIDA. —*(Al oido.)* Cuidado con el idiota.
(Entra á la derecha.)
RUBIO. —Es una monomanía.

ESCENA VI.

Rubio y Juan el idiota.

—Estamos en un terrible
compromiso los alcaldes
de la montaña, asediados
por oscuros criminales
que roban, cautivan, matan,
y no los encuentra nadie.
Y vienen de Santander
las órdenes fulminantes,
y por inquirir los pasos
de esa canalla impalpable
se impone al que viene ó vá
una porcion de vejámenes.
¡Maldita vara!... Cediendo
á instancias y empeños grandes,
consentí en ser de justicia,
sin pensar lo que esto trae.
No en vano mostró mi esposa
opinion desfavorable
á este encargo. Mas valiera
acceder á su dictámen
y no aceptar. La muger
tiene un instinto admirable,
y uno suele conocerlo
cuando por desgracia es tarde.

(Se instala en el sillon.)
Ya es preciso dominar
la situacion con carácter,
y cuando ofrece peligros
no es posible retirarse.
Me dieron los electores
sus votos, firmes y unánimes,
buscando un hombre de impulso,
íntegro y de buena sangre;
pues á realizar el tipo
ó á sucumbir en el lance.
(Abriendo el oficio.)
«En vista del incremento
«que de algun tiempo á esta parte
«se nota en las fechorías
«en pueblos, tranquilos antes,
«hé decidido tomar
«medidas escepcionales,
«y espero que las secunde
«eficazmente en sus trámites;
«pues cualquiera trasgresion
«la juzgaré culpa grave.»
Estilo de bajá turco:
la amenaza por delante.
«Para iniciar la resuelta
«persecucion incansable
«recorrerá ese distrito
«una partida volante
«de guardia civil, al mando

«del sargento Pablo Sanchez,
«á cuyo eficaz auxilio
«le encargo que pronto se halle.»
¿Será el sargento mi amigo,
el de las barbaridades?
Lo veremos... Me parece (*Se levanta.*)
que escucho llorar á mi ángel.
¡Se habrá dormido la vieja!
Vamos á verlo ¡qué diantre!
(*Entra á la derecha.*)

ESCENA VII.

uan el idiota, luego D. Leopoldo.

se levanta con extremada precipitacion;
el oficio; lo repasa con avidez é inquie-
vuelve hácia su puesto en la chimenea, y
r la voz del recien venido queda inmóvil.)
P.—Ah de casa!... Buen amigo,
¿el señor alcalde?... Juan,
han preso á Lúcas....
n hace un enérgico signo de silencio.)
Que calle!...
n señala á la habitacion de la derecha.)
Tenemos mucho que hablar....
uan lo separa de sí con violencia.)
Entendido.
uan le hace un signo de despedida.)
Hasta después.

(*Juan sale recelosamente por el fondo*
Hace un tonto magistral.
De audaces es la fortuna:
vamos el lance á jugar.
Ese Lúcas es un zote
de denunciarnos capaz.

ESCENA VIII.

Don Leopoldo y Rubio.

RUBIO. —Buenas noches.
D. LEOP.— ¿Es usted
el alcalde de la aldea?
RUBIO. —Para lo que útil me crea.
D. LEOP.—Agradezco la merced.
Vengo su gracia á impetrar.
RUBIO. —Hágame usted el favor
de sentarse.
D. LEOP.— No señor.
No le quiero importunar.
RUBIO. —Ya me tiene á su mandado.
D. LEOP.—Soy don Leopoldo Ferrer,
vecino de Santander,
comerciante y hacendado.
En varios pueblos montadas
casas de tráfico tengo,
y mis intereses vengo
á cobrar por temporada.
Me acompaña en gira tal

Lúcas del Pino y Orozco,
mi sirviente....
— Le conozco.
OP.—Honrado á carta cabal.
Vine aquí al oscurecer,
extrañando no me aguarde,
y me han dicho que esta tarde
usted lo mandó prender.
Parece que cierto arriero,
cuyos fines no calculo,
le imputa el robo del mulo
en que viene caballero.
Evitando un compromiso
vengo el negocio á cortar,
y fianza bastante á dar
de una récua, si es preciso.
La ayuda me es necesaria
del mozo que así me ha preso,
y prescindo de un proceso
por detencion arbitraria.
—No es una arbitrariedad
la prision, segun mi cuenta,
de un hombre que no presenta
cédula de vecindad.
OP.—Yo transito sin ninguna,
y sin temer detenciones;
y hé visto á muchos ladrones
que llevan cinco en vez de una.
—Bien. ¿Usted qué pretendia?

D. LEOP.—La libertad de mi criado,
á quien yo dejaré fiado.
RUBIO. —Bueno. ¿Y á usted quién lo fía
D. LEOP.—¡Ocurrencia singular!
¿Conoce usted á don Pio
de la Peña? Ese es mi tio:
diputado provincial.
¿Y al marqués de la Cañada?
RUBIO. —Me vá dando mala espina
una persona tan fina
y tan bien emparentada.
D. LEOP.—No vengo el tiempo á perder,
sino un disgusto á evitar.
¿Me puedo á Lúcas llevar?
RUBIO. —Amigo, no puede ser.
D. LEOP.—Pues me será doloroso
tomar recursos violentos.
RUBIO. —Carece de documentos,
y es un hombre sospechoso.
D. LEOP.—Yo soy bueno hasta la médula
de los huesos bien á bien;
pero....
RUBIO. — Sospecho tambien
de usted, que no trae la cédula.
D. LEOP.—¡Señor alcalde!
RUBIO. — La ley
marca requisito tal.
D. LEOP.—Pudieran salirle mal
esos desplantes de Bey.

—Pues lo veré. Soy curioso.
P.—Pues adios. (*Vá á salir.*)
—(*Deteniéndole.*) Salir le impido.
P.—¡Como...!
— Queda detenido.
P.—Yo! por qué?
— Por sospechoso.
P.—Tropelía tan declarada....
—Pagaré, si usted empeña
á ese don Pio de la Peña,
ó al marqués de la Cañada.
P.—Yo no me dejo burlar.
(*Intenta marcharse.*)
—¡Quieto! (*Asiéndole por un brazo.*)
P.— Alcalde, esa violencia....
—No oponga usted resistencia;
porque le puede pesar.

ESCENA IX.

—

Dichos, Rosalia y Robledo.

P.—Ya estamos de vuelta.
— Bien.
Yo voy á salir. Robledo,
tenemos que acompañar
un rato á este caballero.
P.—¿Insiste usted en su idea?
—Y voy á llevarla á término.

Vamos. *(Tomándole del brazo.)*

D. LEOP.— Reflexione usted...

RUBIO. —Vamos, y afuera hablaremos.

(Salen y Robledo los sigue.)

ROSALÍA.—Bríjida.

BRÍJIDA.— Señora.

ROSALÍA.— Toma
el manto. *(Se lo entrega.)*

BRÍJIDA.— Y ahora que me acuerdo
falta pan para la cena.

ROSALÍA.—¿Sí? pués anda, toma el cesto,
y llega al horno por él.
Escucha. ¿Tienes dinero?

BRÍJIDA.—La vuelta del medio duro
que dió el marchante de huevos.

ROSALIA.—No tardes. Continuaré
(Brígida entra á la derecha.)
mi labor cerca del fuego. *(Se sien*
Aquí, ocupadas las manos,
doy rienda á mi pensamiento,
y mi ardiente fantasía
vaga en espacios inmensos.

BRÍJIDA.—Cuidado, y que no se duerma.

ROSALÍA.—Descuida.

BRÍJIDA.— Al instante vuelvo.

(Sale por el foro.)

—

ESCENA X.

—

Rosalía y Juan el idiota.

(PRELUDIO.)

A.—«Quien de inocente alegria
«hoy quisiere disfrutar
«al café de Rosalía
«acuda sin vacilar.
«Vengan, señores,
«vengan á mí;
«que el júbilo y los amores
«tienen su morada aquí.»

—

as Rosalía, de espaldas á la puerta del canta á media voz ambas estrofas, el a entra de puntillas, y se introduce en la acion de la derecha; dejando ver una carta leva contra el pecho en actitud recelosa.)

Fuera mi satisfaccion
completa, mi bien cumplido,
á no aceptar mi marido
su azarosa posicion.
¡Feliz quien se reconcentra,
y al necio afan pone tasa
de buscar fuera de casa
lo que solo allí se encuentra!
Funesta ambicion por ser,
tú vienes por fruto á dar
que todos quieran mandar

y ninguno obedecer.
Y el desencaje se nota
que este loco anhelo crea
en la córte y en la aldea....

(Juan entra por el foro con lentitud, y sentarse en el puesto que ocupó antes ju la chimenea.)

Cómo!... ¡Otra vez el idiota!
Habrá escogido el pajar,
como otras veces le pasa,
por refugio. Yo en la casa
no le quisiera dejar.
Yá se sospecha del tonto,
y hasta advertir me parece....
¡Injusto recelo! Crece
como mala yerba, pronto.

ESCENA XI.

Dichos, Rubio y el sargento Sanchez

RUBIO. —Rosalía, tengo el placer
de presentarte un amigo.
SANCHEZ.—Señora.... *(Saludando.)*
ROSALIA.—(*Levantándose.*) Sargento Sanch
¡Usted por este distrito!
SANCHEZ.—Con un cargo muy cargante,
cargado de compromisos;
pero siempre á la obedencia

de ustedes y á su servicio. *(Cubriéndose.)*
. —En la plaza lo encontré,
y por fin le hé decidido
á que viniera á tomar
unos bizcochos con vino.
LIA.—Al momento. (*Entra por la derecha.*)
IEZ.— Camarada,
es menester de preciso
que los dos ambos hablemos
del ojerto de un desirnio;
porque.... (*Repara en el idiota.*)
. — Siga.
IEZ.— Semos tres.
. —Es idiota.
IEZ.— ¿Falto de oido?
. —Imbécil.
IEZ.— ¡Imbrécil!
. — Tonto.
IEZ.—Lo entendi desde el principio.
LIA.—El obsequio es bien humilde.
IEZ.—Viniendo de usté es marnífico.
LIA.—La voluntad lo avalora.
ca sobre la mesa dos copas en un plato y
o con bizcochos.)
. —Propongo un bríndis.
HEZ.— Lo armito.
(MÚSICA.)
. —«Brindo por el ascenso
«que honor le dá,

«y porque bien y pronto
«llegue á oficial.

SANCHEZ y ROSALIA.—«Quiéralo Dios;
«que todo se consigue
«con su favor.

SANCHEZ.—«Brindo por hembra y macho,
«pareja igual,
«y por el chiquitillo
«que adentro está.

RUBIO y ROSALIA.—«Damos los dos
«las gracias al sargento
«por su favor.

—

SANCHEZ.—El cabo Acosta, que estuvo
destacado aquí, me há dicho
que es el chiquitin de ustedes
el portento de un prodigio:
que ni en las monjas se labra
un niño-Jesús mas fino.

RUBIO.—Exajeraciones. (*A Rosalía.*) Tráel

SANCHEZ.—No molestarlo. ¡Angelito!

ROSALIA.—Es de buena condicion.
(*Entra á la derecha.*)

RUBIO.—Bobos nos tiene el chiquillo.
La belleza de su madre.....

SANCHEZ.—Y que usté no hace mal mixto,
vamos al decir.
(*Suena un grito de Rosalía.*)

RUBIO.— ¿Qué es eso?

IEZ.—Vaya usté.
). — Con su permiso.
(*Entra á la derecha.*)
¿Quién es?
(*Entra Brígida con la cesta del pan.*)
DA.— Una servidora
de usted.
LIA.— Me han robado á mi hijo!
IEZ.—¡Cómo!
DA.— Robado!
LIA.— Dejadme.
Yo lo encontraré. ¡Hijo mio!
(*Se precipita por la puerta del foro.*)
IEZ.—Pero señor... ¿qué sucede?
DA.—¡Ay qué desgracia!
(*Cae sobre una silla.*)
). —(*Sale vacilante.*) El destino
sobre mi frente descarga
un golpe á que no resisto.
HEZ —¡Valor de ánimo, canasto!
¿Qué carta es esa?
). — Este escrito
estaba sobre su cuna,
sobre su lecho vacío.
IEZ.—Venga. (*Abre el pliego.*)
). — ¿Qué dice? La vista
me falta: pierdo el sentido...
IEZ.—¡Firme por vida de tal!
). —Sí. Lea usted. Ya estoy tranquilo.

SANCHEZ.—(*Leyendo*) «Si sueltas á los dos homb
»que en la cárcel has metido,
»te devolverán la prenda
»que está á salvo y en buen sitio;
»pero responde su vida
«de tu primer paso equívoco.»
(*Rubio toma el sombrero y el baston con a firme.*)

RUBIO. —Vuelvo.

SANCHEZ.— ¿Y adonde vá usted?

RUBIO. —Aquí cerca. Vuelvo digo.
(*Sale por el foro.*)

ESCENA XII.

Sanchez, Brijida y Juan el idiota.

SANCHEZ.—Lo que está pasando aquí
es cosa enorme de atroz,
y la habrá si cojo un cabo
del hilo ú del algodon.

BRÍJIDA.—(*Ap. á Sanchez*) Cuidado con ese píca

SANCHEZ.—¡El tonto!

BRÍJIDA.— Es Júdas traidor.

SANCHEZ.—¿Es de aquí?

BRÍJIDA.— Nó. Forastero.

SANCHEZ.—¿Y usted cree?

BRÍJIDA.— Que es un bribon.

SANCHEZ.—Pues, abuela, si no es tonto

le dará un rato feroz
la receta de un remedio,
mio propio, que tengo yo.
Usté adentro.

IDA. Duro en él!

CHEZ.—Encomiéndelo usté á Dios.

(*Sale Brijida.*)

A mal dar echar tabaco,
que es refran de jugador;
y luego que con el humo
suele haber dinspiracion.

a un cigarro; toma un papel de sobre la esa; lo enciende en la chimenea, y examina idiota con extrema atencion.)

Ap.) Yo conozco á esta presona.
Pero ¿de dónde, señor?...
A ver.... De Céuta. (*Alto.*) ¡Caramba!
El cigarro se apagó.

(*Repite el mismo juego de antes.*)

Ap.) Estoy cierto de seguro.
De presidio es desertor.

ma una silla y se sienta junto á la mesa.)

Tengo el sino de la suerte
mas mala que alumbra el sol,
y á no ser que luego dicen
que es uno un sin religion
con la boca de esta llave
me iba á arreglar el reló.

ica una pistola y la pone sobre la mesa)

De mi clase soy el número
cuatro del escalafon;
habia conseguido el pase
para Madrí con favor;
y allí cerca de Maruja,
cerca de la Dinspercion,
rondaba dos convenencias:
el ascenso y el amor.
Alguien tiene que pagar,
y cara, esta dextorsion.

(*Dá un puñetazo sobre la mesa: Juan se tremece.*)

Póngase usté á perseguir,
lo menos un mes ó dos,
á cuatro ó cinco chorlitos,
que caerán, pues no que nó,
pero que van á sacarme
en perpéuta procesion;
y aquí doy un salto en vago,
y allí pesco un malhechor.
Lo que es verdá positiva
que al bandido de ladron
que yo carture le aguarda
un trimestre de dolor.
Lo mato niervo por niervo
como allá, en la Inquisicion.

(*El idiota demuestra inquietud: el sargen advierte.*)

Traigo noticias y señas,

y ya sé por donde voy,
y los nombres de los pillos
que arman aquí la funcion.

a una cartera y de ella un papel. Juan muy itado esconde la diestra en el seno y deja r el mango de un puñal; pero al ir á incor- rarse, el sargento se vuelve y él queda in- óvil.)

Ap.) Ya voy moviendo la estáuta:
otro empuje y se cayó.

o.) Sargento Sanchez, mucho ojo,
y á deprender la lercion.

ndo) «Son cuatro los que se buscan:
»Lúcas de Toro y Pastor:
»Blas Gomez, álias Leopoldo:
»Juan Monasterio, el Simplon....

diota demuestra viva ansiedad que nota nchez.)

Ap.) Es él. (*Alto.*) »Antonio el ventero.
»Sus señas y pormenor....
Esto lo sé de memoria.
Tomemos resolucion.

levanta, coge el sombrero y la pistola, y arenta reflexionar observando al idiota.)

¡Hombre!... Cualquiera diria
así, por el dexterior
del semblante de la cara,
y por la desposicion
de la presona del cuerpo,

y los modos y el color,
que es ese tonto del juicio
Monasterio... ¡Dilusion!
(*Vuelve á coger la nota.*)
Las señas.... Todas desartas.
De los cuatro él es el peor.
Me mandan que muerto ó vivo
lo entregue sin dilacion;
y si cubro el espidiente,
y en lugar del salteador
presento su vera frígies....
por supuesto en un seron;
diciendo que al darle el alto
á la guardia resistió....
¡Lo que piensa el pensamiento!
No me tientes, tentador.
(*Páusa.*)
Lo que es verdá que este golpe
iba á ser de relumbron.
Al tercer dia de campaña
uno á tierra; y en rigor
tan igual que nadie cae
en la dequivocacion.
El ascenso era seguro;
y me hacia un hombre de pró.
Y luego que este infeliz
no vive. Da compasion
de verlo así; y en matarlo
hasta se le hace un favor;

y como es un inocente
tiene allá colocacion. *(Señalando al cielo.)*
(Monta la pistola con súbito arranque.)
Siempre me han salido bien
las cosas en el calor
de ocurrirse la ocurrencia,
y nada de reflexion.
nta á Juan que hace un movimiento de terror.)
Poco á poco: que decida
la suerte, y es lo mejor.
ica) Un duro: cruz es la muerte:
cara es la vida. Atencion.
al aire la moneda que cae sobre la mesa:
an se levanta en el colmo del espanto.)
Cruz; pués requiescat in pace.
e dirige hácia Juan que cae de rodillas.)
. —¡Misericordia!
HEZ.— *(Ap.)* Cantó.
(MÚSICA.)
«Oye, Juan Monasterio....
— «Por caridad!
HEZ.—«Alias simplon....
— «Por compasion!
IEZ.—«Te pido del misterio....
— «Piedad! piedad!
IEZ.—«La explicacion.
— «Perdon! perdon!
IEZ.—«Cuanto sepas te anuncio....
— «Piedad de mí!

SANCHEZ.—«Que has de decir....
JUAN. — «Yo lo diré.
SANCHEZ.—«Y al pillarte en renuncio....
JUAN. — «No será así.
SANCHEZ.—«Vas á morir.
JUAN. — «Declararé.

——

SANCHEZ.—«De ese niño el paradero
«descubrir al punto quiero.
«Tú lo sabes, perro. Dí.
JUAN. — «Sí.
SANCHEZ.—«Pués levanta, y ven conmigo;
«y una gorda haré contigo
«si no vas donde guíe yo.
JUAN. — «No.
SANCHEZ.—«Vé delante; más te advierto
«que si cejas eres muerto
«y á todo resuelto estoy.
JUAN. —«Voy. (*Salen por el fondo.*)

ESCENA XIII.

Brígida y luego Rosalía.

BRÍJIDA.—Saltaron por la ventana
sin reja que hay en la alcoba,
y se llevaron al niño
mientras yo salí. Señora....
ROSALIA.—Déjame.
BRÍJIDA.— Permita usted....
ROSALIA.—Déjame: quiero estar sola.
BRÍJIDA.—Vamos....
ROSALIA.— Yo te lo suplico.

DA .—Está bien. (*Entra á la derecha.*)
LIA.— Me vuelvo loca.
ntras preludia la orquesta, Rosalía baja la beza, y cruzadas las manos se entrega á su lor, hasta que se arrodilla con viva fé ante nicho de la imágen.)

(MÚSICA.)

«Santa Vírgen María,
«madre del Salvador,
«en mi acerba agonía
«yo imploro tu favor.
«Fuiste madre, Señora,
«madre infeliz tambien,
«y á una madre que llora
«devolverás su bien.
«Tú aceptarás propicia
«mi doliente oracion,
«y la eterna justicia
«temple tu intercesion.

ESCENA XIV.

Rosalía y Rubio.

O. —Rosalía.
LIA.—¿Qué quieres, Juan? (*Levantándose.*)
O. —Calma tu angustia vehemente,
que eficaz y activamente
al niño buscando están.
Dejé á los exploradores
para darte esta razon.
¿Sabes tú la condicion,

impuesta por los raptores?

ROSALÍA.—No. Saberla necesito.

RUBIO. —Buscando á la prenda mia
sobre su cuna vacía
encontré un papel escrito;
y en él los infames esos
piden, para que te asombres,
que libres deje á dos hombres
que tengo en la cárcel presos.
Sin duda gentes extrañas
al distrito deben ser

ROSALÍA.—¿Y prometen devolver
al hijo de mis entrañas?

RUBIO. —Sí. Por esa iniquidad
ponen fin á mi tormento.

ROSALÍA.—Consiente, y en el momento
los dejas en libertad.

RUBIO. —¡Qué dices!

ROSALÍA.— Yo te lo exijo.

RUBIO. —¡Yo á mis deberes traidor!

ROSALÍA.—Te lo pido por mi amor,
y por la vida de un hijo. *(Se arrod*

RUBIO. —¡Oh! Levanta y no hables más.

ROSALIA.—Acepta las condiciones.

RUBIO. —Una infamia me propones!

ROSALÍA.—Dime. ¿Consientes?

RUBIO. — Jamás.

(MÚSICA)

ROSALIA.—«Está bien. Ya no te imploro.
(Levantándose.)

«Sacrifica á tu decoro
«á ese sér de nuestro sér.
«Tras su vida irá mi vida,
«y el blason de parricida
«logrará tu honor tener.
). — «Mi fiera lucha
«colmando estás.
IA.— «Escucha. Escucha,
«que aun queda más.
«Sentirás yermo y vacío
«este hogar al lado mio;
«que sombra muda seré.
«Y aunque muda, aterradora,
«de conciencia acusadora
«despertar la voz haré
«Del bien perdido
«mi alma irá en pos.
. — «Yo te lo pido.
«Calla por Dios!
IA.— «Desesperarme
«tú no querrás.
. — «¡Yo deshonrarme!
«Jamás! Jamás!

ESCENA XV.

s, *el sargento Sanchez, Robledo y guardias.*

IEZ.—Alcalde Rubio, hemos hecho
un servicio de importancia.
Del bando usté ya tenia
dos pájaros en la jáula,

y yo vengo de cazar
los otros dos que faltaban.

RUBIO. —¡Será posible!

ROSALIA.— Pero ¿y mi hijo?
Sin él todo importa nada.

SANCHEZ.—El niño parecerá.

ROSALIA.—Parecerá!

SANCHEZ.— Mi palabra.
Como si estuviera aquí.

ROSALIA.—¡Ay Sanchez! Usted me engaña.

SANCHEZ.—Robledo, venga el recluta.

(*Robledo saca debajo la manta al niño dorm*
¿Es mentira?

ROSALÍA.— ¡Hijo del alma!

(*Se apodera del niño y entra con él por la der*

RUBIO. —Dispense usted que...

SANCHEZ.— Es muy justo.

(*Rubio entra en la habitacion de la derec*
Señores, gran vejilancia
con esos cuatro Escariotes;
porque á un descudio se largan.
Nos pondremos en camino
en conforme raye el alba,
y vamos á Santander
á dar cuenta de la caza.
(*Todos se retiran por el fondo.*)

ESCENA XVI.

Sanchez y Brijida.

BRÍJIDA.—Con que el tonto....

EZ.— Era una pieza
de las de marca imperial.
Usté tuvo buen destinto,
y fué cáuta de sagaz.
A :—¿Y el niño...?
EZ,— Lo tenia inculto
en la venta otro que tal;
un compañero del tonto,
mas malo que Barrabás.
—(*Dentro.*) Bríjida.
A .— Señor sargento,
usted nos vuelve la paz
y la dicha. Dios le otorgue
salud y prosperidad. (*Vase.*)
EZ.—Los ancianos de los viejos
acostumbro respetar;
que sus dichos de palabras
tienen mucha autoridá.

ESCENA XVII.

Sanchez, Rosalía y Rubio.

A.—Si de un alma agradecida
no rechaza la expresion....
Z.—Señora, en una ocasion
me salvó este hombre la vida....
—Suelen esceder los pagos
á las deudas.
Z.— Me parece
que el arto mio no merece
tantos orsequios de alhagos.

Por fin; partida jugada,
y ya descanso este dia.
La deuda que yo debia
era una deuda sagrada.

RUBIO. —Venga esa mano, compadre.

ROSALIA.—Y la mia tambien.

SANCHEZ.—(*Estrechándolas.*) Señora.

ROSALIA.—Le rodeará bienhechora
la bendicion de una madre.

SANCHEZ —Ahora vamos á beber.
(*Señalando á las copas.*)
La ocasion la pintan calva.
Mañana al romper el alba
me derijo á Santander.

(MÚSICA.)

ROSALIA.—«Como trás noche oscura
«luce esplendente dia,
«así tras la amargura
«renace la alegría.
«Y el alma de fé llena
«se siente extremecer.

RUBIO y SANCHEZ.

«Testigos de su pena,
«sedlo de su placer.

CAE EL TELON.

Hay un sello del gobierno de la provincia.—Su
sentacion queda autorizada.—Sevilla y febrero 6 de
—EL GOBERNADOR.—AUÑON.

GALERÍA BUFA SEVILLANA.

Publicadas:

Una noche de trueno.	Un acto.	N.
Un concurso de acreedores.	id.	N.
El último wals.	id.	N.
Cria cuervos.	id.	N.
El café de Rosalía.. . . .	id.	N.
Deuda sagrada.	id.	N.

En prensa:

Flin Flan.	id.	N.
Los inocentes.	id.	N.

SE VENDE A DOS REALES VN. EL EJEMI

en los puntos siguientes:

Librería española y extrangera.—Sierpes
Almacen de música de Palatin.—Sierpes,
Despacho de billetes del teatro de Variedá
—Bayona, 6.